



Relación con Dios y paso por el sufrimiento

Sylvie ROBERT, S.A.¹

París

Bajo el régimen de Pol-Pot, Claire Ly, profesora de filosofía en Phnom-Penh, es enviada a los campamentos de los khmer rojos; traiciones, humillaciones, malos tratos caen sobre ella. Cansada de resistir, siente la necesidad de gritar su dolor: entonces toma por «Dios testigo» al «Dios de los Occidentales». Este camino, relatado en su libro *Revenue de l'Enfer*, la llevará del Budismo al descubrimiento del rostro de Cristo.

Janine Chanteur, madre que ha visto morir a su bebé y cuya segunda hija queda, por enfermedad, minusválida para toda su vida, narra en *Los hijos de Job* cómo ha pasado desde el odio contra Job y su Dios -un «Gran Sádico que pone a prueba a sus amados hijos» y del que Job es el «masoquista»- hasta un encuentro renovado con el Dios de Job.²

¿Cuántos relatos podrían añadirse a estos? ¿Qué vínculo misterioso es ese que une la relación con Dios con el paso por el sufrimiento?

Ciertamente, la literatura espiritual consagra un espacio importante al sufrimiento dándole diversas formas: pasión de Jesucristo, prueba vivida en unión con él, herida de la relación con Dios, dolor infligido a sí mismo por ascetismo, sufrimiento del hombre pecador. Seguramente sería necesario investigar todas estas pistas. Porque «decir algo del sufrimiento conduce (...) a correr el riesgo de pasar entre

¹ Traducción: Julia Iparraguirre, S.A.; Sylvie Robert, S.A.

² J. CHANTEUR, *Los hijos de Job. Crónica de una infancia dolorida*, Estella 1993. 3 D. VASSE, *El peso de lo real, el sufrimiento*, Barcelona 1985, 12.

esos dos escollos: lo demasiado general y lo demasiado particular»³ y, en resumidas cuentas, ocurre sin duda lo mismo cuando se trata de la experiencia espiritual, me ceñiré aquí a la vía trazada por las dos experiencias contemporáneas evocadas más arriba. Quiero quedarme lo más cerca posible de la experiencia y, al mismo tiempo, reflexionada. De hecho, en cada vida, se repite la historia de Job, siempre nueva: pasar por el sufrimiento modifica la relación con Dios, sea cuestionándola, sea transformándola; a veces llega a ser su matriz. Un dolorismo fácil y perezoso que considera el sufrimiento como una condición privilegiada para encontrar a Dios no respeta ni el sufrimiento humano ni la verdad de la experiencia espiritual. La reflexión ha de hacer frente con más fuerza a la pregunta: ¿cómo puede el sufrimiento constituir un crisol para el encuentro con Dios? ¿Qué se nos revela ahí de la experiencia espiritual?

Permaneciendo lo más cerca posible de la expresión de sufrimientos padecidos y experimentados, es imposible ocultar el terremoto que causa el sufrimiento. Y, sin embargo, puede llevar a una apertura. Pasar por el sufrimiento se transforma entonces en un encuentro con Dios. ¿De qué modo?

1. El terremoto del paso por el sufrimiento

Si uno se para a escuchar lo que el sufrimiento produce en la vida, se puede ver que éste es siempre inhumano y deshumanizante. Hiere y ataca el dinamismo vital de la persona; rechaza o arranca un bien del que se goza o que se desea legítimamente. El que sufre así como el que, por su profesión, escucha a los demás para curar sus heridas, están de acuerdo en decir que «el sufrimiento está siempre en contra, en contra del que sufre, aún cuando éste haya aceptado el dolor. Es de todos modos un combate; es la adversidad por excelencia. (...) A través del sufrimiento, la evolución del individuo va en primer lugar hacia una desestructuración»⁴. «En el sufrimiento, lo que nos sucede va siempre en sentido contrario a lo que nos habíamos imaginado; allí somos conducidos por un camino que no queríamos recorrer, que no conocíamos. Allí somos *contrariados*.»⁵

En la última conferencia que pronunció antes de morir de cáncer, el teólogo Bruno Chenu deja aparecer su propia experiencia: el sufrimiento «desestructura y deshumaniza. Abre una grieta en todas las relaciones, y en primer lugar dentro de uno mismo. Tira hacia abajo más que hacia arriba.»⁶

El sufrimiento aísla, encierra y excluye porque repliega sobre sí mismo y sobre su desgracia, porque asusta y los otros vuelven el rostro ante él. Escuchemos por ejemplo a Yves Congar, cuando él mismo fue probado por la enfermedad: «Me halló ahora discriminado de los demás. Ellos gozan de su suerte mientras que a mí me la han quitado brutalmente. ¿Por qué yo no puedo andar, cuando todos los demás corren? ¿Por qué me encuentro condenado a la inactividad cuando los demás siguen con su trabajo? ¿Por qué todo proyecto está cerrado para mí? ¿No

³ D VASSE, *El peso de lo real, el sufrimiento*, Barcelona 1985, 12.

⁴ J. ARENES, *Souci de soi, oubli de soi*, París 2002, 63.

⁵ VASSE, *o.c.*, 14s

⁶ B. CHENU, *Dieu et l'homme souffrant*, París 2004, 48.

puedo ser sino un fracaso y, si es así, en nombre de qué, de qué justicia?»⁷, El clamor ante Dios del jesuita Pierre Lyonnet, gravemente enfermo siendo aún muy joven y que vivió en la enfermedad la mayor parte de su vida apostólica, revela la misma exclusión: «Me has hecho entrar en la categoría de los que molestan, de los que no sirven para nada, de los que hacen perder su tiempo a los otros y no pagan por lo que comen.»⁸, «El dolor encadena sobre sí mismo», confiesa Bruno Chenu⁹, En su muy hermosa meditación sobre la mujer de Job, la novelista Andrée Chedid cuestiona, a propósito de los amigos de Job: «¿Qué saben esos, los que tienen buena salud, de los tormentos del cuerpo que ha padecido Job? Detrás de la cáscara de su buena salud, ¿cómo pueden medir lo que este hombre, su amigo, su semejante ha soportado? Con su buena cara, ¿qué perciben de esos dolores punzantes, invasores, de esas mordeduras en las entrañas, de la aceleración o de la extinción del aliento, de esos espasmos, de esas fiebres? ¿Qué saben, esos sanos, de los tormentos del cuerpo que no se pueden comunicar?»¹⁰

El sufrimiento despierta tanto nuestras propias violencias como nuestras complicidades con la adversidad, y las saca a la luz. «Poco a poco la enfermedad me hace bajar hacia el fondo de mi miseria. (...) El dolor ha destruido en mí todo amor: queda solo el animal que gruñe y se revuelve en su cama. ¿Es que os llevo a querer? ¡Ah! Que nadie me toque, que nadie me hable, ni siquiera vosotros, sobre todo vosotros no ... », reconoce Pierre Lyonnet¹¹. Maurice Bellet, recogiendo el fruto de su propia experiencia de estancia en el hospital, apunta en una meditación sobre la prueba: «Tenemos una región, desconocida por nosotros mismos, por donde circulan las fieras, con las fauces ávidamente abiertas.»¹²

El que sufre se ve afectado en su capacidad de hablar: ¿Qué puedo decir? ¿A quién puedo hablar? ¿Cómo hablar de aquello que sólo yo sufro y que ningún otro puede sentir o comprender? «El tejido común que me une con el otro a través del lenguaje, a través de nuestra historia común, queda desgarrado por el sufrimiento», retomando la expresión de Jacques Arenes.¹³ Los razonamientos acerca del sufrimiento, el dolor los sofoca o manifiesta su trivialidad. «¿Cuentan algo los argumentos en el infortunio? ¿Es el momento de lanzar alegatos al viento cuando se tienen las entrañas convulsas, el corazón encogido, un nudo en la garganta y la cabeza aturdida por la muerte de los propios hijos?», grita Janine Chanteur.¹⁴ Escenificando el camino de un muchacho que sufre de leucemia y que está viviendo sus diez últimos días, Eric- Emmanuel Schmitt pone en sus labios esta observación: «Desde que estoy permanentemente en el hospital, a mis padres se les hace difícil la conversación; entonces me traen regalos y pasamos tardes podridas leyendo las reglas de juego y los modos de empleo»¹⁵ En cuanto a la palabra del que sufre, se amuralla o se desgarrá en un grito -como en los Salmos, por ejemplo-, o se expande, desenfundada, buscando apoyo, como la de la mujer de

⁷ Y. CONGAR, *Pour un bon usage de la maladie*, La Vie Spirituelle 117 (1967) 520

⁸ P. LYONNET, *Prieres pour le temps de la maladie*, *Écrits Spirituels*, París 1961, 38.

⁹ CHENU, *o.c.*, 49.

¹⁰ A. CHEDID, *La femme de Job*, París 1993, 44.

¹¹ LYONNET, *o.c.*, 27, 43.

¹² M. BELLET, *L'Épreuve* ou *Le tout petit livre de la divine douceur*, París 1988, 74

¹³ ARENES, *o.c.*, 68.

¹⁴ CHANTEUR, *o.c.*, 17.

¹⁵ E.-E. SCHMITT, *Oscar et la Dame rose*, París 2002, 49.

Job: «¿Con quién desahogarse? ¿Con quién compartir el peso de esas horas? (...). Por eso, la mujer habla. Habla en voz alta, en voz baja. Recorriendo a grandes pasos lo que les queda de su morada, yendo y viniendo por el sendero de las viñas destruidas, del río sin agua; la mujer habla. Habla con la Historia y contra ella. Con los humanos y contra ellos, que llevan en sus huesos bondad y violencia. Con el tiempo y contra él. La mujer habla con todo lo que surge de las entrañas y se eleva hacia no se sabe dónde. Habla. Para sí misma, y para todos. Intenta afinar su pensamiento, precisar sus sentimientos, comprender las razones de ese saqueo. Va espigando palabras de aquí, de allí, esperando descubrir en esta siega desordenada la palabra que sostendrá a Job y que les servirá de alivios.»¹⁶

El sufrimiento saca a la luz el lado oscuro y doloroso de la vida que intentamos ocultar para huir mejor de él. Se llama impotencia, incomunicabilidad, finitud, sobre el horizonte de la muerte que nos aguarda. «La enfermedad y el dolor es, revelada al desnudo, toda una faceta de la vida que tratamos de dejar en la sombra», escribe Maurice Bellet¹⁷. El joven personaje de *Oscar et la Dame rose* apunta a esta finitud temida: «Cuando han llegado mis padres, les he dicho: Perdonad, había olvidado que también vosotros algún día moriréis. No sé lo que esta frase ha desbloqueado en ellos, pero después los he vuelto a sentir como antes y hemos pasado una super-Nochebuena.»¹⁸

La relación con Dios, ¿cómo se hallaría a salvo de un terremoto tal que conmueve y desfigura la humanidad del que sufre? El sufrimiento nos deja desconcertados en la relación con Dios, en la forma, en el apoyo y hasta en la misma posibilidad. El Dios en el que creía se sustrae. El tiempo junto a él, destinado al silencio y la escucha, deja demasiado espacio para el dolor, para la angustia que invade. ¿Es tan fácil expresarle la rebeldía, el grito de socorro, acogidos solamente por su silencio?

Y, sin embargo, la escritura del sufrimiento vivido dice que la prueba y la herida pueden transformarse en una apertura.

2. ¿Una apertura?

Cuando, en el colmo del sufrimiento infligido por la violencia de los khmer rojos, Claire Ly recurre a su «Dios-Testigo», hay una ventana que se abre. El relato de Janine Chanteur empieza con un insulto a Job y a su Dios; se acaba con un perdón pedido a Job y con un amanecer: «Como un vestido usado que se deshace y cae hecho jirones, sentí desprenderse el odio de mi corazón y hacerse inútil una estéril rebeldía. Ante mí se abrió un camino sorprendente. Lo conocía y lo ignoraba. (...) sentía nacer en mí una aurora que podía aportar a las cosas una armonía y una paz que yo les había negado»¹⁹ La prueba revela a Maurice Bellet «la divina suavidad», que ha puesto como subtítulo a su obra. Porque el sufrimiento viene siempre como un extraño, puede abrir un resquicio hacia el otro. Porque nos «altera», y ya no somos los que éramos, porque sobreviene siempre como un intruso, constituye una experiencia de alteridad, ciertamente bajo la forma más ruda de la alteridad, la que

¹⁶ CHEDID, *o.c.*, 34.

¹⁷ BELLET, *o.c.*, 23

¹⁸ SCHMITT, *o.c.*, 84.

¹⁹ CHANTEUR, *o.c.*, 100s.

importuna. La alteridad no es sólo el rostro del otro. «De manera secreta, escondida, mística -escribe Denis Vasse-, el sufrimiento indica una apertura al Otro, la herida misma de la sed y del amor en el fondo del cuerpo y no ya en su proyección (...). La alteración de nuestra propia imagen deja surgir la alteridad que nos convoca.»²⁰ Como escribía Teilhard de Chardin, «el sufrimiento es capaz de sobre-centrarnos en Dios»²¹

Constituyendo una amenaza para la vida pero, no obstante, sin destruirla tal como sí lo hace la muerte, el sufrimiento trastoca la escala de valores, coloca ante lo básico y orienta hacia lo que es esencial. El hombre que sufre, despojado de la imagen favorable que tenía de sí mismo y confrontado con la fragilidad de su existencia, se encuentra muy cerca de una revelación de la dimensión eterna de su vida, totalmente gratuita. Cuando el cuerpo padece - escribe Maurice Bellet- «quedamos reducidos a lo que es esencial. ¿De qué "esencial" se trata?

Parece que se trataría del cuerpo, de sus necesidades, de sus urgencias que claman. Lo esencial, es sobrevivir. ¿Qué permanece? Justo lo necesario, lo verdaderamente necesario es lo que debe permanecer cuando todo falta, cuando la casa se derrumba, cuando el cuerpo se deshace y, debido al dolor, todos los hermosos pensamientos y las hermosas decisiones no son nada. Permanece lo muy sencillo, lo que me mantiene todavía en vida (...). Es algo sencillo y desnudo, sin frases, pobre como el nacimiento. Es sobrio, vital, como las cosas del cuerpo.»²²

En esta desnudez, «la apariencia se disuelve; todo el fingimiento, toda la exterioridad, todas las construcciones vanas o exageradas desaparecen.»²³ A ese precio, mientras que la prueba lo echa todo por tierra, cuando uno se ve despojado de todo lo que no podrá ofrecer en la muerte, contra toda apariencia, la vida está todavía ahí. Entonces se deja sentir la parte de eternidad que hay en nosotros. «Vivir bajo la amenaza invita necesariamente a ir a lo esencial. Y lo esencial no es un objeto, una conquista, una presa, sino soltar la presa, un cierto modo de estar frente a Dios y en medio de los otros, en el vacío de un cuestionamiento de tu salud personal (...). Cuando te encuentras siguiendo un tratamiento o en una operación en la que arriesgas tu pellejo, lo demás no tiene ya mucha importancia. Eres conducido de nuevo al gesto elemental de la fe que es sencillamente la humilde convicción de que tu ser está en las manos de otro»²⁴ Teilhard lo evoca en una súplica: «En todas estas horas oscuras concédeme, Dios mío, comprender que eres Tú (con tal de que mi fe sea bastante grande) quien separas dolorosamente las fibras de mi ser para penetrar hasta la médula de mi sustancia, para abandonarme en Ti»²⁵.

Desde el borde de la tumba brota una palabra que ya no se contenta con palabras. La prueba que reduce al silencio, que arranca un grito o una súplica, que denuncia la vacuidad de los razonamientos, puede llegar a ser el origen de una palabra humana auténtica. Bien sabemos qué intensidad lleva la palabra que vuelve de la

²⁰ VASSE, o.c., 36, 38. Traducción propia.

²¹ Prólogo a *L'Énergie spirituelle de la Souffrance* de M.-M. TEILHARD DE CHARDIN, 1950, en P. TEILHARD DE CHARDIN, *Sur la Souffrance*, París 1974, 120.

²² BELLET, c.c., 25.

²³ Ib., 24.

²⁴ CHENU, o.c., 46, 52.

²⁵ P. TEILHARD DE CHARDIN, *El medio divino*, cit. en *Sur la Souffrance*, 87.

noche y cómo despierta la escucha. «El lenguaje pasa siempre por un derrumbamiento», afirma Jean Sullivan²⁶.

Y, a veces, el sufrimiento realiza un misterioso recorrido hacia la comunión a través de la experiencia de aislamiento, hacia la entrega confiada en medio del sentimiento de hallarse uno mismo abandonado. Bruno Chenu se extraña de sentirse compañero de humanidad de su vecino de habitación, en el hospital, cuyos razonamientos de «extrema derecha» y tradicionalistas están en las antípodas de sus propias convicciones ... Pierre Lyonnet, él, oye que Cristo le invita a dejar la envidia: «¿Tienes envidia de los otros? No los envidies más; no los mires más como separados de ti y adversarios tuyos, gentes que te habrían robado algo. Pues en mí, son uno contigo, y lo que es suyo es tuyo (...). En verdad, en verdad eres tú quien trabajas en ellos, fuerte con los fuertes, sufriendo con todos los que sufren, comprensivo de todas las comprensiones, amando en todos los amores, dando con todos los que dan, en oración con la catolicidad; mira y ensancha tu mirada; todo, en este mundo, todo es tu riqueza. ¡Ah! A tus hermanos los hombres, no los envidies por lo que es tuyo»²⁷. En cuanto a Janine Chanteur, confiesa que durante mucho tiempo creyó que la comunión de los santos era «la familia de los canonizados» y «vislumbra otra realidad: todos estamos unidos por algo, pequeños y grandes, muertos y vivos, ateos y creyentes, minusválidos y sanos. Somos la pirámide que construye el Reino. Si uno de nosotros se debilita, la pirámide se tambalea. Cuando aceptamos el lugar que nos corresponde, la construimos»²⁸.

Tales experiencias no se pueden inventar ni forzar. Suceden sólo cuando se ha atravesado el terremoto. Más aún, todo sufrimiento no conduce a ello de por sí. En cualquiera de sus formas, el dolorismo otorga siempre un valor al sufrimiento como tal, como si, por sí mismo, sufrir llevara al encuentro con Dios, como si tuviese un gran valor ante sus ojos. No es esto lo que la figura de Cristo, incluso en su Pasión, da a entender ...

3. Del sufrimiento al encuentro con Dios

Humanamente, «el sufrimiento no tiene ningún sentido directo, sino un sentido secundario.»²⁹ Si rápidamente situamos a Cristo en el origen de este sentido secundario, corremos el riesgo de ir demasiado rápido, olvidando que el mismo Jesús no encontró un sentido directo al sufrimiento, sino que tuvo que recorrer el camino hasta el sentido secundario; lo combatió y temió. En su Pasión no entrega su sufrimiento, sino la vida que tratan de quitarle, y un amor que va hasta el extremo. «A quien se deja inspirar por el comportamiento de Jesús -escribe acertadamente Bruno Chenu-, le parece que el sufrimiento adquiere sentido a partir de otra cosa distinta al sufrimiento mismo. Su significado es siempre un valor añadido a la experiencia desnuda»³⁰.

²⁶ J. SULLIVAN, *L'Exode*, París 1980, 27.

²⁷ LYONNET, *o.c.*, 30s.

²⁸ CHANTEUR, *o.c.*, 114s.

²⁹ ARENES, *o.c.*, 73.

³⁰ CHENU, *o.c.*, 49.

La mediación misma de Cristo, tanto si recurrimos a ella como si no, atestigua que el sufrimiento no es, en sí, lugar de encuentro con Dios. Si lo fuera, no se necesitaría ninguna mediación. Por consiguiente, se trata de fijar la mirada más en Cristo que en la cruz en la que está clavado. De ese modo, la figura de Cristo puede llevarnos a dar el paso desde la falta de sentido hasta el descubrimiento de un «sentido secundario» del sufrimiento que nunca suprime ni la extrañeza ni su absurdidad. «¿He rezado realmente? -se pregunta Pierre Lyonnet-. Desde lo más profundo de mí, una voz hablaba, esta vez monótona, postrada, como el gemido de un moribundo: el Dios escondido, el Dios escondido; aquí, aniquilado, sin apariencia; el Dios de Getsemaní, del Gólgota ... hoy. Es el que no da miedo; el único que no me hiere; más semejante a mí que los hombres duros, demasiado afortunados, más que la naturaleza demasiado hermosa, demasiado insolente, demasiado mentirosa. Dios que no miente; Dios que se muere: Cuerpo herido, sufriente. Me entiende. Él es la Vida. La Vida que deseo, apasionadamente. La Vida. La Vida»³¹ En Cristo tiene lugar el encuentro entre un Dios y un hombre indefensos. En él, Dios se manifiesta como lo más humano del hombre que no se reduce a lo humano. Cuando Íñigo de Loyola, en la contemplación de la Pasión, invita a «considerar cómo la divinidad se esconde (...), cómo deja padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente.»³² bajo esta sorprendente formulación se juega algo semejante. Cristo es también ese otro a quien se puede mirar, llevando la mirada más allá del mero sufrimiento que, sin embargo, ha dejado sus huellas: «Él es la Vida», exclama Pierre Lyonnet. Él es ese otro que, en el sufrimiento, se entrega a otro: vive la alteración del sufrimiento en la confianza radical en la alteridad de Dios. Y la voz del Verbo nace en el corazón de un hombre, desde un silencio experimentado.

El sufrimiento no es condición para el encuentro con Dios; sin embargo, es su crisol, pero sin por ello perder su carácter negativo. Así se manifiesta que lo que sucede en el hombre no viene del hombre. No se debe al sufrimiento esa relación que, sin embargo, no se puede vivir sin él y a la que da un color y una densidad propia. Porque ninguna existencia puede escapar al sufrimiento, Dios se encuentra con el hombre tanto en lo «vacío» como en lo «pleno» de la existencia: no se aleja de él en nada de lo que vive el hombre. Lo encuentra en lo más humano de sí mismo, ante lo que lo ha colocado la prueba; no es que Dios tenga que estar sólo en lo que aparece como bueno a los ojos del hombre. Y eso es muy importante: para el hombre, que no queda abandonado a sí mismo en el sufrimiento, para Dios, a quien se descubre de otro modo dentro del sufrimiento. Teilhard de Chardin llega a afirmar: «El goce y el pleno desarrollo son indispensables para despertar y mantener el gusto místico. Pero todos sus entusiasmos *reunidos no equivalen al frío de una decepción* para hacernos experimentar que sólo Tú eres seguro, ¡oh Dios mío! Por medio del dolor, y no por la alegría, tu Divinidad adquiere poco a poco *en nuestra facultad de sentir*, la Realidad superior que posee por la naturaleza de las cosas, pero qué difícil es, incluso para los iniciados, reconocerle en sus impresiones.»³³ Lo que aparece aquí es la solidez de Dios, aun cuando no la sintamos, despojada de todas las proyecciones llenas de nosotros mismos. Teilhard

³¹ LYONNET, *o.c.*, 40.

³² IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales* [196].

³³ P. TEILHARD DE CHARDIN, *Écrits du Temps de la Guerre*, cit. en *Sur la Souffrance*, 24.

describe aquí lo que está en juego en el discernimiento ignaciano: la desolación puede permitir que uno se descubra sostenido por la mano del Creador más allá de la seguridad y de la percepción que da la consolación³⁴. Así como es posible olvidar un regalo de Dios -la Biblia llama sin cesar al pueblo a salir del olvido-, la herida deja huellas; las cicatrices no hablan del paso de Dios, pero señalan su obra paciente, su permanencia, en lo que no se puede olvidar.

Cuando la muerte y el sufrimiento son lugares en los que descubrimos a Dios, «lo Divino se [halla], al mismo tiempo, presente en el centro de nosotros mismos, en el último rincón que parecía poder escapársele»³⁵, subraya Teilhard. El sufrimiento impide apartarse de uno mismo; la alteridad a la que abre nace en el lugar en el que cada uno es devuelto a sí mismo, porque sólo él sufre -quizá, el corazón. Una magnífica página de Andrée Chedid lo da a entender: en el momento decisivo en el que vuelve a retomar el diálogo con Dios,

«Job se apoyó en el hombro de su mujer y, apretando la otra mano sobre su pecho, insinuó a su oído:

- Ahí dentro, oigo una voz ...

- Es tu propia voz, le dijo ella, ya que el silencio seguía reinando alrededor de ellos.

- Es la voz de Dios, replicó Job.

(...) Dios se quitaba su máscara vengadora. El Dios sin medida, más amplio que los horizontes; el Dios que desaparece y renace en todos los idiomas, se ponía a hablar, por fin, con otra voz. Ese Dios infinito que viste el cielo con nubes, que pone límites y reprime al océano, que hace crecer la hierba hasta en las estepas, se revelaba de pronto con palabras atentas. Ese Dios inasequible, blanco de deseos y de llamadas, se ponía de pronto a escuchar a los humanos.»³⁶

A causa del mutismo o de la injuria por las que el sufrimiento deja sin palabra, porque el hombre no puede por sí mismo expresar el dolor con palabras, cuando puede nacer de nuevo el diálogo, se hace voz de Dios que habla en lenguaje humano.

Extraña alianza entre Dios y el hombre, que sólo el dolor puede enlazar. Así, en la prueba, hace Maurice Bellet la experiencia de la «divina dulzura», a través de la amistad y de lo que ella revela: «La divina dulzura es carnal, es del cuerpo. No sucede en las ideas y razonamientos, en las decisiones, en las disposiciones del espíritu. No se preocupa de exhortar o explicar. Está en las manos, la mirada, los labios, el oído atento, el rostro, en todo el cuerpo. Está en los gestos del cuerpo. Es el alma amorosa del cuerpo activo. Es la belleza amorosa del cuerpo humano. La divina dulzura se da sin pruebas. No se da con argumentos, explicaciones, justificaciones. Aparece ingenua y desarmada frente a la sospecha; de hecho, es indiferente. Pues se saborea. ¿Por qué divina? ¿Porque no sería humana? Al contrario: es divina por ser humana, de veras completamente humana. (...) Se sabe

³⁴ Cf. I DE LOYOLA, o.c., [322].

³⁵ TEILHARD, *El medio divino*, cit. en *Sur la Souffrance*, 67.

³⁶ CHEDID, o.c., 66s.

eso en el momento del dolor»³⁷.

Entonces emerge que «Dios es lo más humano del hombre. Por eso, la imagen de Dios es el hombre al fin totalmente despojado de sus justificaciones, no por debilidad, sino porque es el don mismo, el principio vivo de la divina dulzura, y que incluso en el aplastamiento no se desvía ni un ápice de esta justicia (...). Lo más humano del hombre no se reduce al hombre, es justo lo contrario: es lo que en el hombre atestigua que no se le fuerza a ser una cárcel para sí mismo.»³⁸

4. La experiencia espiritual

Es hora de concluir. Atendiendo a la experiencia, el sufrimiento no es, en sí mismo, camino hacia Dios. Pero puede serlo, de hecho, y de un modo único, a causa de lo que «toca» en nosotros. Si es crisol de una experiencia espiritual, es porque hace posible que en el hombre se escuche la voz del Dios que se ha encarnado hasta morir: ¿No es ésta, en el fondo, la más elemental y la más completa definición de la experiencia espiritual cristiana? La experiencia espiritual llega hasta el cuerpo, devuelve la palabra, toma incluso aquello que nosotros habríamos abandonado sin tomarlo en consideración, y siempre instaura una misteriosa comunión.

Entonces, la experiencia espiritual asume una pregunta en la cual tropieza toda teología, la del mal y el sufrimiento. En la prueba y el sufrimiento vividos de este modo, se encuentra la correlación humana más exacta con el gesto de Dios que, sin explicar el sufrimiento ni recurrir a una omnipotencia imaginaria para suprimirlo, lo asume sin sustraerse a él, transformándolo en un espacio de amor.

Sin duda el sufrimiento, puede volver a encontrar de este modo un lugar de elaboración, el sufrimiento del que nadie se libra, pero que «hoy en día se silencia socialmente, y que por lo mismo es difícil de tratar» porque «el discurso dominante, que incita al rendimiento, proscribire la evocación de lo que es debilidad y pone en entredicho el sufrimiento»³⁹. Puede ofrecer un lugar para una experiencia de alteridad. En nuestro tiempo, vivimos una crisis de la alteridad. Quizá, en la alteración del sufrimiento se puede experimentar una alteridad. Quizá se puede descubrir esa realidad profundamente bíblica: el hombre no puede vivir sin otro porque tiene y recibe su existencia de Dios, el Otro.

³⁷ BELLET, *o.c.*, 14s.

³⁸ *Ib.*, 63.

³⁹ ARENES, *o.c.*, 48